

## LAS AMISTADES PELIGROSAS: UNA CARTA SOBRE EL ESCEPTICISMO DE GEORGE BERKELEY

### NOTA PRELIMINAR

En los primeros meses de 1710 George Berkeley publicó su afamado —amado y odiado— *A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge* [*Principles*]; el subtítulo de la obra establece que en ella se pretende examinar —y combatir— “las principales causas de error y las dificultades en las ciencias, así como los fundamentos del escepticismo, el ateísmo y la irreligión”. El 26 de agosto del mismo año, en su residencia del Trinity College, Berkeley recibe una carta de su amigo Sir John Percival<sup>1</sup>, en donde éste le informa que a la publicación de los *Principles* han seguido, en los círculos intelectuales de Dublín y Londres, comentarios acerca del carácter *escéptico* del pensamiento expuesto en esa obra. Menos de dos semanas después (6 de septiembre) Berkeley, aparentemente exaltado, responde a Percival con una carta en la que se lee: “Cualquiera que lea mi libro con la adecuada atención, verá claramente que existe una oposición directa entre los principios contenidos en él y aquellos de los escépticos”. No obstante, Berkeley confiesa —en un tono que oscila entre el franco desconsuelo y la resignación— que, en efecto, uno de sus mayores temores al momento de publicar los *Principles* era el de poder ser considerado un escéptico.<sup>2</sup> La historia terminaría aquí a no ser por un descubrimiento acaecido más de dos siglos después del intercambio epistolar entre Percival y Berkeley.

En el invierno de 1932 el investigador alemán R. Metz —autor de un volumen olvidado: *George Berkeley. Leben und Lehre* (Stuttgart, 1925)— exhumó en la Biblioteca del Trinity College en Dublín, entre las páginas del segundo volumen del *Enquiry into the Nature of the Human Soul* (London: Strahan, 1733; reeditado en Bristol: Thoemmes Press, 1990) de Andrew Baxter,<sup>3</sup> una carta escrita por Henry Lee, fechada el 12 de marzo de 1711 y dirigida a George Berkeley. En ella Lee —del que no sabemos casi nada; tan sólo que era un clérigo inglés, autor de *Anti-Scepticism; or, Notes upon each Chapter of Mr. Lock's Essay concerning Humane Understanding. With an Explication of all the Particulars of which he Treats* (London, 1702; reedición facsimilar: New York: Garland Press, 1978), y que murió en 1713, año de publicación de los *Three Dialogues between Hylas and Philonous* [*Dialogues*— expone, aparentemente respondiendo una carta de Berkeley que nunca ha sido hallada, las principales razones por las que el pensamiento berkeleyano expuesto en los *Principles* fue frecuentemente interpretado como siendo favorable a la actitud escéptica. La carta —ignorada por Alexander Campbell Fraser en su *Life and Letters of George Berkeley* (ver bibliografía), así como en su edición en cuatro tomos de *The Works of George Berkeley* (ver bibliografía)— fue publicada por Metz en la revista judía de Berlín *Archiv für verlorene und wiedergefundene Texte* (No. 3: 35-45) en el mes de marzo de 1933. No obstante, el descubrimiento no logró una difusión satisfactoria, ya que pronto el *Archiv* fue censurado por las autoridades nazis y casi la totalidad de sus ejemplares condenados a perecer en las llamas —junto con otros veinte mil libros “obscenos”— el 10 de mayo de 1933 en Berlín.

HERNÁN  
DARÍO  
CARO A.

herrcaro@hotmail.com  
Universidad  
Nacional  
de Colombia

<sup>1</sup> “Consejero privado del Reino de Irlanda”, a quien Berkeley dedicó su *Essay towards a New Theory of Vision* (1709).

<sup>2</sup> Cf. Berkeley & Percival, 1914: 80ss. También: Popkin, 1951: 224ss.

<sup>3</sup> Baxter es el autor de la primera crítica elaborada del pensamiento de Berkeley. Sobre Baxter y su *Enquiry*, cf. Bracken, 1959, cap. V: “Andrew Baxter: Critic of Berkeley”.



Sin embargo, el destino de la carta de Henry Lee a Berkeley no era desaparecer del todo ese año; si bien el texto original descubierto por Metz no ha sido recuperado, algunas copias del *Archiv* lograron llegar a unas pocas manos en un par de ciudades europeas. Uno de esos felices destinatarios fue el anónimo reeditor de la segunda edición de *Life and Letters of George Berkeley* (Kilcrin: Utopia Books, 1947). La única novedad que esta reedición contiene es precisamente la carta de Lee, según fue publicada en el *Archiv*, junto con la “Introducción” —de la que he extraído los datos históricos de las anteriores líneas— y las notas al texto, todo escrito por Metz. El desafortunado hecho de que este volumen fuera publicado sólo un año antes de la aparición de las nuevas *Obras* de Berkeley, edición ahora canónica —y que sorprendentemente desconoce de nuevo la carta de Lee— (*The Works of George Berkeley*, ed. A. A. Luce y T. E. Jessop; ver bibliografía), ha contribuido a que la existencia de la importante carta siga siendo casi totalmente ignorada y, según entiendo, no poseamos traducción o comentario crítico algunos.

La suerte quiso que un ejemplar del *Life and Letters* del 47 cayera alguna vez en mis manos; hoy sólo me queda una pálida fotocopia de las páginas 158-67, que contienen la carta de Henry Lee. La carta está compuesta en un inglés incoloro y falta la primera página. He añadido, además de las referencias pertinentes a los *Principles* de Berkeley —las cuales se encuentran entre corchetes al lado del texto de Lee correspondiente—, algunas notas al conjunto sólo con el fin de poner de relieve la agudeza que Lee manifiesta a través de ciertas apreciaciones, que parecen adelantarse a otras que años o siglos después distintos pensadores expondrían. De ninguna manera pretendo con ello presentar una de aquellas ediciones “críticas” fastidiosas que sólo roban fluidez al texto y confunden al lector respecto al carácter y la originalidad del autor. Espero que mi traducción, que pretende ser completamente fiel, colabore a esclarecer lo referente a las supuestamente estrechas relaciones entre la filosofía de Berkeley y el escepticismo, y en un nivel, digamos filológico, a establecer la autenticidad o el carácter espurio de la carta.

El traductor.



## CARTA DE HENRY LEE A GEORGE BERKELEY

“[...] siendo este, pues, el criterio general de existencia que usted establece como conclusión de aquel argumento: *ser es ser percibido*; es imposible que las cosas —en cuanto no son sino ideas— tengan una existencia por fuera de las mentes o las cosas pensantes que las perciben [*Principles*, §3].<sup>1</sup> Según su insólita doctrina las cosas que de hecho no estén siendo percibidas —a excepción, claro, de la mente que percibe [§2]— no pueden existir: el mundo —que yo, y con toda razón según su opinión, llamo ‘real’— existe en mi mente; cuando duermo, cuando muero, cuando no presto atención, las cosas no desaparecen ni son por completo exterminadas sólo porque Él las percibe y porque sobreviven en Su Eterno Espíritu; sin mí, sin Dios, sin un espíritu o una mente cualesquiera, nada es ni nada puede ser [§6].

Según usted, de los anteriores principios surge una verdad que para cada hombre ha de ser clara y evidente: la materia, la ‘sustancia material’ de la que nuestros filósofos hablan, aquella que constituye las cosas que conocemos, así como nuestros propios cuerpos, aquel sustrato de toda cualidad sensible, cuya existencia no depende del hecho de que Dios o yo la percibamos, y que existió antes de mí y existirá cuando yo ya no sea más, aquella materia, digo, no existe en realidad y *no puede existir*. En efecto, puesto que sólo lo que es percibido puede *ser*, debe ser absurdo pensar que algo como la materia impensante e independiente, en cuanto a su existencia, de toda percepción pueda siquiera ser posible. Si ha de haber una sustancia, ésta sólo ha de ser el espíritu, Su espíritu, que todo lo percibe [§7].

Me pregunta usted por qué sus *Principles* han sido recibidos con tal mala comprensión, ridícula y superficial [*humorous and superficial misunderstanding*]; por qué se afirma con desagrado, en Londres y en Dublín mismo, que su obra constituye la mejor y más aguda lección de escepticismo que puede encontrarse tanto entre los antiguos como entre nuestros filósofos. Debo conceder que es más fácil comprobar los fallos y los errores en la obra de un gran espíritu que ofrecer una exposición clara y completa de su valor. Empero releo mis primeros párrafos y no puedo menos que confesar que su doctrina se me presenta como de lo más escandalosa, y logro comprender por qué no pocos opinan que usted, señor Berkeley, es uno más de aquellos escépticos descarados que dudan de todo y todo lo destruyen.

Solicita usted mi juicio; en lo que sigue intentaré dárselo y si bien no pretendo agotar aquí todas las razones por las que usted es considerado —a pesar, según entiendo, de usted mismo<sup>2</sup>— un discípulo de aquel intranquilo Pirrón y del burlón Bayle, expondré los principales motivos por los que usted goza de tan desafortunada celebridad en los salones y los círculos del Reino.

<sup>1</sup> [El argumento al que Lee hace referencia se encuentra en los primerísimos párrafos del libro de Berkeley. En una palabra, el argumento se desarrolla así: i) Los objetos del conocimiento humano son *ideas* (§1); ii) Los objetos del conocimiento humano son “casas, montañas, ríos, es decir, todos los objetos sensibles” (§4); iii) Por lo tanto, “todos los objetos sensibles”, los objetos que percibimos, son ideas (§§1 y 4). Ahora bien, iv) Por definición, las ideas no existen por fuera de una mente que las perciba (las conciba, imagine, etc.); por lo tanto, v) Las cosas (sensibles) no existen si no son percibidas (su *ser es ser percibido*) (§3). (Metz)]

<sup>2</sup> [Son, en efecto, varios los lugares en donde Berkeley manifiesta su oposición al escepticismo, así como al carácter anti-esceptico de sus escritos. Cf., por ejemplo, *Principles*, “Prefacio”; “Introducción”, §1; I, §§86ss; *Dialogues*, “Prefacio”, y *Philosophical Commentaries*, No. 563: “I am the furthest from Scepticism of any man.” (así como No. 79, 304, 411, entre otros). (Traductor)]



<sup>3</sup> [Esta opinión ciertamente no es exclusiva de Lee. Con los años la veremos repetirse en boca de David Hume (*Enquiry concerning the Human Understanding* [1748], nota 29), Voltaire (*Dictionnaire philosophique* [1764-70]), y Thomas Reid (*Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense* [1764], "Introduction"). (Metz) Y podríamos añadir: Andrew Baxter (*Enquiry into the Nature of the Human Soul* [1733-7], Section II), Jame Beattie (*Essay on Truth* [1770]) y en general toda la escuela escocesa del sentido común, así como filósofos alemanes, (como aquel J. C. Eschenbach, quien tradujo por primera vez a Berkeley al alemán, presentándolo como un escéptico que "negaba la verdad de su propio mundo corporal"). Cf. Popkin, 1997, y Fraser, 1994. (Traductor)]

4 [El mismo tono irónico de estas últimas líneas se percibe en el *Dictionnaire philosophique* de Voltaire, ya citado por Metz. Cf. allí el artículo "Materia". (Traductor)]

5 [Cf. *Principles*, "Introducción", §§21-5. Allí Berkeley identifica el mal uso de las palabras como la causa de todo malentendido filosófico y de la doctrina —según él, fatal al pensamiento filosófico de su tiempo— de las ideas abstractas, asimismo recomienda, como estrategia para evitar el engaño, prestar atención menos a las palabras que a las ideas que ellas significan. (Traductor)]

[1] Usted piensa que su asombrosa ontología es perfectamente compatible con el sentido común de los hombres [§6]. La verdad es que resulta manifiestamente contrario al sentido común decir que los cuerpos no existen cuando no los observamos, que la materia no puede ser y que el mundo no es más que ideas. Nadie que se precie de ser un hombre en sus sentidos puede compartir tan extravagantes pensamientos: sus argumentos, apreciado señor Berkeley, si bien, como piensan algunos, no admiten respuesta alguna, no producen convicción y es por esta simple razón que son tomados por desvergonzada muestra del más agrio escepticismo.<sup>3</sup>

En efecto, cualquier hombre no dudaría en afirmar: 'creo en la existencia de un mundo exterior, distinto de mí y que no puedo conocer sino en mí. Por mi ventana veo nubes, colinas, árboles agigantados por el viento, vacas en la pradera; más cerca veo un fragmento de mí que llamo "mi mano" y que escribe estas frases... Esta es la razón por la cual no soy idealista puro, a la manera de Berkeley; no creo que forjo a Londres o a Nueva York cada vez que atravieso la Mancha o el Océano; no creo que el mundo exterior sea una idea que se desvanezca cuando yo muera o cuando deje de percibirla.' Su metafísica de ideas, que son las cosas reales y que llamamos "externas" sólo porque no son producto de nuestra propia imaginación, sino que recibimos del Autor de la naturaleza [§§33, 90], y de sustancias —las únicas sustancias— espirituales, que son las que perciben las ideas-cosas y las mantienen en el ser gracias a aquel acto de percepción [§§2, 7, 27, 89 y en especial §§135ss], así como su terca y sistemática negación de la posibilidad de la existencia de las sustancias materiales y de la eterna materia, son, si acaso, causa de sorpresa, confusión y risa entre los hombres sensatos; nunca de convicción y deferencia. No es extraño, entonces, que simples e iluminados se refieran a usted como el mayor y más excéntrico escéptico que ha existido.

A este respecto sólo puedo pronunciarle como ya lo hiciera otrora el sabio: 'Os suplico que perdonéis al universo entero, que se ha engañado al creer la materia existente por sí misma. ¿Podría hacerlo de otro modo?'

[2] Usted responderá ahora, quizá no sin algún fundamento, que su negación absoluta de la posibilidad de la existencia de la materia no se apoya en sofismas o juegos con palabras vacías. Bien es conocida su posición estricta en contra del uso arbitrario y acrítico de términos para realizar y saldar disquisiciones filosóficas.<sup>5</sup> Y, sin embargo, a pesar de que debo confesar que sus agudas razones para negar el sentido de la noción de 'materia' y para mostrar que no conocemos el referente de tal noción, son lo suficientemente claras y concisas como para merecer la aprobación de cualquiera que las sopesa detenidamente, debo también informarle que, en mi opinión, precisamente de la forma y la consecuencia de tal argumentación surge la oportunidad de expresar una vez más el cargo de escepticismo. Sobre este punto he de manifestarme detenidamente en lo que sigue.

[i] Nuestros filósofos acostumbran referirse a la materia como el *sustrato*



de todo accidente o modo (cualidad) que percibimos [§16]. Siendo esto así, ha de suponerse que la materia *soporta* la extensión, la forma, el color, etc., de los objetos que conocemos; es decir, que aquello que llamamos *ideas* (sensibles) *no* agota el objeto —como usted cree [§2]—, pues a la base de aquellas ideas (que son tanto las cualidades ‘secundarias’, como las que el gran Lock [*sic*] llamó cualidades ‘primarias’ y que, según usted insiste, tampoco pertenecen a los objetos, sino que son ideas de nuestra sensibilidad [§§8-15]) se encuentra la *sustancia material*.

Usted se pregunta qué cosa puede ser aquello a lo que nos referimos con el término ‘sustancia’; cuál es el significado de la palabra que reposa en boca de todos los que pretenden afirmar la existencia de la materia [§16]. Ciertamente la materia ni actúa, ni percibe (no es espíritu), ni es percibida (pues de poder serlo, sería idea y, así, dependiente en cuanto a su existencia de nuestra o Su percepción) [§68]. Por ello, parece que sólo puede ser determinada afirmando que se trata de una sustancia ‘inerte, insensible y desconocida’ [§§68ss]. Empero, nadie puede saber qué cosa sea un ente tal. De hecho, según usted, nuestra noción de materia se acerca —peligrosamente— a la de una *no-entidad* [§68]. *No sabemos qué cosa es la materia* [§17]; según usted valdría más usar la palabra ‘materia’ en el sentido en que usamos la palabra ‘nada’ [§80].<sup>6</sup>

[ii] Por otra parte, afirma usted, respetado señor, que aun concediendo la posibilidad de la existencia de la materia sin la mente, no es posible para nosotros llegar a conocer la sustancia material [§18].

En efecto, usted dice, conocemos, bien a través de los sentidos, bien por medio de la razón. Por una parte, gracias a nuestros sentidos sólo obtenemos conocimientos de nuestras sensaciones o ideas; en fin, de aquellas cosas que percibimos inmediatamente. Ya que por esta vía sólo conocemos tales ideas (dependientes de nuestra mente en cuanto a su existencia, etc.), es absurdo siquiera pensar que podemos conocer la sustancia material, según la definimos anteriormente, a través de nuestros sentidos.

Por otra parte, dice usted que si no es gracias a los sentidos, debe ser por la razón que *inferimos* la existencia de la materia a partir de las ideas sensibles que, de hecho, poseemos. Empero, según su opinión, no parece haber un motivo para realizar esta inferencia; efectivamente no hay una conexión necesaria entre las ideas que tenemos y una supuesta sustancia material. Es así entonces que ni por los sentidos ni a través de la razón tenemos conocimiento de materia alguna, insensible y no percibida (no *idea*), e independiente en lo que respecta a su ser de toda mente o espíritu o cosa alguna percipiente [§18].<sup>7</sup>

[iii] Por último, y siguiendo los razonamientos del afamado Des Cartes [*sic*] [*Meditaciones metafísicas*, “Meditación primera”], usted asevera que es evidente que el supuesto de cuerpos externos [materiales] no es necesario para la producción de nuestras ideas [§18] y que ni siquiera la filosofía natural

<sup>6</sup> [Esta argumentación, que algunos han llamado “semántica” (puesto que muestra que para los hombres el término “materia” carece de todo significado), es re-desarrollada por Berkeley en el primero de sus *Dialogues*, en donde el filósofo, en boca de Philonous, afirma: “Parece que no tienes idea alguna, relativa o positiva, de Materia; no sabes qué cosa sea en sí misma, ni qué relación tenga con sus accidentes.” (Metz), *Id.* también Warnock, 1969, Cap. 5, 102ss, en donde se profundiza respecto al carácter insignificante (*meaningless*) de la expresión “sustancia material”. (Traductor)]

<sup>7</sup> [El esceptico David Hume reutiliza la argumentación de Berkeley con el mismo fin que éste: mostrar que ni por los sentidos ni por la razón llegamos a tener una noción de “materia”. Cf. Hume, *Treatise of Human Nature* (1738), I, 4, 2: “On Scepticism with regard to the Senses”. (Metz)]



<sup>8</sup> [Para un recuento pormenorizado de la posición de Pierre Bayle frente al problema del mundo exterior, así como de su relación con el pensamiento de Berkeley, cf. Popkin, 1951: 227ss. (Traductor)]

<sup>9</sup> [Este argumento berkeleyano, según la forma que le da Lee, es redescubierto por Arthur Schopenhauer un siglo después de escrita la presente carta, y sorprendentemente expuesto con casi los mismos términos en que aquí aparece. Cf. Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, II, Kap.1. (Metz)]

debe acudir a la noción de materia para componer sus teorías [§50].

Así pues, para decirlo en pocas palabras, usted asevera que *no tenemos en realidad una noción de 'materia'* y que en todo caso, aun si ella existe, *no podemos conocer la sustancia material*.

Me sorprende que usted mismo falle en captar el altísimo grado de fatal pirronismo que contienen sus argumentos. No hay que olvidar las palabras de Sexto Empírico en sus Esbozos pirrónicos cuando afirmaba que 'la orientación escéptica recibe también el nombre de *aporética*, bien —en opinión de algunos— por investigar y dudar de todo, bien por dudar frente a la afirmación y la negación.' [Libro I, §3]. Sus argumentos no evidencian otra cosa que el estado de duda e incertidumbre absolutas al que el entendimiento de los hombres está condenado, respecto a la existencia y a la naturaleza de la materia. Como el perspicaz Bayle, quien afirmaba no poseer prueba alguna de la existencia de los cuerpos [*Diccionario histórico y crítico*, artículo "Pirrón"],<sup>8</sup> usted adelanta una razón tras otra para mostrar la insuficiencia y el estado miserable y ridículo al que está condenado el conocimiento humano; y en esto, señor Berkeley, es claro que usted no es, o al menos no aparenta ser, más que un *escéptico*.

[3] Ahora, usted argüirá que sus razones en contra de la existencia de la materia son en realidad argumentos en contra de toda *posibilidad* de la existencia de la materia, y que en esa medida no pueden ser catalogados como escépticos, puesto que no afirman la ignorancia intrínseca al conocimiento humano ni nos dejan sumidos en duda, sino que presentan una verdad definitiva e inmutable: la materia no existe, simplemente porque *no puede existir*.

Veamos. La noción de materia que usted ferozmente ataca es la de un *algo* no-percibiente y no-pensante, y, especialmente, capaz de existir aún sin estar siendo percibido por mente o espíritu algunos. Su opositor —el hombre corriente, por ejemplo— dirá que no hay nada más simple que imaginar, por ejemplo, árboles en un parque o libros existiendo en un armario, sin nadie que los perciba [§23]. Sin embargo, usted responde hábilmente que, en el momento en que imagino un objeto no percibido, yo mismo lo estoy percibiendo (imaginando), por lo que la ficción del objeto material existiendo con independencia de toda percepción, es una ficción *contradictoria* y la existencia de un objeto tal, *imposible* [§23]. Su razonamiento, en términos abstractos, es el siguiente: al intentar imaginar un mundo sin sujeto cognoscente, nos damos cuenta de que aquello que imaginamos es en realidad todo lo contrario a aquello que queríamos imaginar, a saber, nada diferente que el proceso intelectual de un espíritu cognoscente que contempla (imagina) un mundo: es decir, tenemos en últimas precisamente aquello que queríamos excluir: un mundo que sólo existe porque una mente cualquiera lo percibe.<sup>9</sup> De este razonamiento concluye usted que la noción de una sustancia material que puede existir sin ser percibida es una *contradicción*, dado que la mera posesión de tal noción supone ya la aceptación de una idea contraria a ella: la de que



la materia no-percibida está siendo percibida, y por lo tanto la sustancia material no puede existir [§24].

Dejando de lado una objeción cuya validez salta a la vista —a saber, la de que usted, amante de la distinción y la crítica, confunde los poderes del espíritu de *percibir e imaginar*—<sup>10</sup>, deseo indicarle por qué, de seguir terco en su negación de la posibilidad de la existencia de la materia, su pensamiento está condenado a caer una y otra vez en las oscuras simas del escepticismo.

Es claro que los objetos que conocemos sólo existen porque un espíritu, mente, etc. los percibe. Ahora bien, en este punto debe surgir, naturalmente, la pregunta ¿qué cosa es un espíritu o una mente tal? Según sus principios, ya que es en el espíritu percipiente (y no en la problemática *materia*) en donde las ideas existen, éste debe ser definido como la única y legítima *sustancia* [§§7 y 135]. Puesto que el espíritu es sustancia, es claro que no puede ser *idea* [§135]; de aceptarlo (en contra de toda cordura y consecuencia filosóficas), deberíamos aceptar también, o bien que es una idea la que percibe ideas (y en esa medida les confiere existencia), lo cual es manifiestamente absurdo, o bien que, en cuanto idea, el espíritu debe ser percibido por otro ente, con lo que la pregunta ahora sería ¿qué es ese ente? (pregunta que de inmediato nos entregaría a un regreso al infinito fatal). Por otra parte, afirma usted que de esta sustancia espiritual no tenemos idea alguna. En efecto, según usted escribe, ya que la idea es inactiva, no-percipiente, no-pensante, etc., no podemos tener idea alguna del espíritu, dado que éste es activo, percipiente, pensante, etc. [§§27 y 137]. Además, de tener idea de la sustancia espiritual, se seguiría que ésta sólo existe cuando es percibida, con lo que pronto llegaríamos de nuevo a los absurdos de líneas atrás.

Entonces, al parecer, debemos aceptar que el espíritu es una sustancia. Desafortunadamente, respetado señor Berkeley, mi *espíritu* filosófico me impide callar la pregunta que con toda necesidad surge de las anteriores declaraciones: ¿qué cosa es una sustancia espiritual? ¿sabernos acaso, o podemos conocer, un ente tal como el que usted postula? Usted dice que si bien del espíritu no tenemos idea, puede suponerse que de él tenemos una *noción* [§§27 y 142]. Quisiera (y conmigo muchos) que usted fuera tan gentil de aclarar el significado que da usted a esta palabra y en qué se diferencia su *noción* de su *idea*; yo, por mi parte, debo confesar que de ninguna manera logro comprender sus laberintos; me desconcierta observar que sin la suposición de un espíritu percipiente, de una única sustancia (espiritual), no puedo ingresar a su sistema y que con ella —y después de examinarla detalladamente— no puedo mantenerme dentro de él. Me atrevería a recomendar que se dignara usted complementar sus *Principles* con una nueva obra, quizá mejor, con una segunda parte, en donde dirigiera su genio a explicar y determinar la naturaleza y características de los espíritus; sería de provecho que esta humilde propuesta no fuera ignorada del todo.<sup>11</sup>

En verdad, estimado Berkeley, quisiera ignorar las fatales consecuencias

<sup>10</sup> [Para un examen detenido del argumento de Berkeley y sus presupuestos, cf. Gallois, 1972. (Traductor)]

<sup>11</sup> [Poseemos informes confiables de que, en efecto, Berkeley emprendió la redacción de un segundo libro de los *Principles* durante su estadía en Italia (1715-20). Sabemos también que la obra trataría a profundidad precisamente el tema general del *espíritu*. No obstante, la publicación del libro nunca tuvo lugar, ya que, según Berkeley, el manuscrito desapareció en un viaje de Sicilia a Nápoles. Cf. Berkeley, 1929, "Introducción" de M. Whiton Calkins: xiii; también: Ursom, 1982, cap. 5. (Traductor)]



<sup>12</sup> [También en este punto parece Lee adelantarse a los razonamientos paradójicos de David Hume. Según éste (*cf. Treatise of Human Nature*, I, 4, 6), de nuestro supuesto "yo" único e idéntico sólo percibimos un flujo de ideas fugaces, carentes por completo de algún elemento que les dé unidad. Por ello no estamos autorizados a afirmar que de nuestra identidad personal tengamos experiencia alguna. (Metz) Por otra parte, la tendencia de la filosofía de Berkeley a caer en dudas escépticas respecto a la naturaleza de los espíritus ya fue denunciada algunos pocos años después de la publicación de los *Principles* por Andrew Baxter, Denis Diderot y Thomas Reid, entre otros. *Cf. Fraser*, 1994: 400ss, y Popkin, 1997: 175ss. (Traductor)]

que surgen de todo lo anterior. No obstante, ya que de suprimir los conceptos oscuros e incoherentes (como aquel de 'noción') y de aceptar y ser consecuente con los principios de su filosofía (como aquel de que los objetos del conocimiento humano son exclusivamente ideas [§1]), surgen paradojas tan graves como las que a continuación voy a presentar —y que claramente se hermanan con el escepticismo—, debo hacer justicia a la verdad y enfrentarlo con los peores y más temidos cargos. Observemos.

En su opinión los únicos objetos del conocimiento humano son ideas [§1]. Del espíritu, por otra parte, no tenemos, como vimos, idea. Según esto es lícito afirmar que, propiamente hablando, del espíritu no tenemos conocimiento alguno. Al hablar de la materia afirmaba usted que, dado que no sabemos qué cosa es ella (dado que carecemos por completo de una idea de 'materia'), no podemos saber si existe o no. Temo decirle, señor Berkeley, que según sus principios hemos de concluir que *no podemos saber si existe o no el espíritu*. Si se ha de ser justo y se ha de aplicar a nuestro concepto de 'espíritu' el rigor y escrutinio que antes recibió la concepción de 'materia', se deberá aceptar una conclusión evidentemente afín, en cuanto a su naturaleza, a las dudas paralizantes que con razón denominamos *escépticas*.<sup>12</sup> Al parecer, estimado señor, al renunciar al mundo material —al exterminarlo, debería decir— de ninguna manera da usted seguridad al mundo de los espíritus; por el contrario, según sus principios es inevitable renunciar también a aquel mundo espiritual cuya existencia y necesidad se creían incuestionables.

No querría terminar mi carta sin presentar una última objeción, que considero la más grave. He aclarado que, según su pensamiento, un conocimiento, aún más, una determinación de la existencia de las 'sustancias espirituales' es prácticamente imposible. No obstante, según usted ha escrito, existe un Espíritu de Cuya existencia no podemos dudar. En efecto, dice usted, si bien de Dios no tenemos una idea ni somos capaces de conocerlo como a los objetos del sentido, podemos a través de la Naturaleza, la cual es obra y efecto Suyo, estar seguros de que Él es [§§146ss]. Sin embargo, es claro que de esta manera —a través de Su creación— no es posible llegar a conocer los atributos divinos que *sabemos* —por la fe y la Palabra— que Él posee; a pesar de lo que usted diga, no deja de ser para mí evidente que por la Naturaleza no podemos conocer Su Bondad, Su Omnipotencia, Su perfección, Su infinita Sabiduría, etc. En una palabra, de seguir ciegamente sus principios, debemos concluir que de Él no podemos tener *conocimiento* (si lo tuviéramos, Él sería nada más que una idea y de esta hipótesis ya hemos visto qué terribles paradojas pueden desprenderse); y, si de Él no tenemos conocimiento, tendremos que conceder lo impronunciable: que *no podemos saber si Él existe*. Si, como se vio, la no percepción —la no posesión de ideas— de la supuesta causa *material* de las ideas (esto es, la sustancia material rechazada por su filosofía) es fundamento suficiente para negar su existencia, entonces Dios, en cuanto no siendo sujeto de percepción alguna, bien no existe, bien es sólo





una ficción, una ilusión de la mente humana: *Absit blasphemiam!* [¡Que se aparte la blasfemia!].<sup>13</sup>

Respetado señor Berkeley, lejos está de mis intenciones el querer considerarlo un escéptico o, peor aún, un peligroso 'librepensador' contrario a toda fe y a toda verdad de la Revelación. Conozco su virtud y doy fe de la corrección y firmeza de sus creencias. No sólo su obra, dirigida a develar el error y la mentira de todo escepticismo e irreligión, sino en especial su sincera carta, que tengo a la vista y guardo celosamente como prueba de su amistad, afirman la justa intención de sus reflexiones. Empero, no puedo dejar de ver las faltas y las fatales consecuencias que se siguen de sus principios. Y asimismo no puedo dejar, según su petición, de presentarle a usted las atribuciones de escepticismo que necesariamente surgen de tales faltas.

No tengo una solución a sus aporías; de ninguna manera pretendo, con la arrogancia típica de los ignorantes, dar curso a sus pensamientos y querer hacerlos míos y ya no más suyos. Creo que su obra ganaría mucho —y quizá sus fallas se verían despejadas— recibiendo una forma más comprensible, quizá *dialogica*, a través de la cual lograra usted desvirtuar los penetrantes comentarios que giran en torno a la naturaleza de su pensamiento y en especial alejar de la fama de su nombre y su obra los amargos cargos de escepticismo.<sup>14</sup>

Queda a sus órdenes su rendido servidor y amigo,

Henry Lee.

Londres, 12 de marzo de 1711."

<sup>13</sup> [Más de veinte años después de escrita la carta de Henry Lee, Andrew Baxter publica su *Inquiry into the Nature of the Human Soul* (cf. "Nota preliminar" del traductor). Allí Baxter presenta diferentes críticas y acusaciones de escepticismo a la filosofía de Berkeley; una de ellas se refiere al último punto que Lee expone: el carácter problemático (desconocido) de la existencia de Dios, y es desarrollada de manera asombrosamente similar a la forma en que Lee la presenta. No tenemos noticia de que Baxter y Lee se hubieran conocido alguna vez. Cf. Bracken, 1959: 73ss. (Traductor)]

<sup>14</sup> [Berkeley no ignoró el consejo de Lee. En 1713 —año de la muerte de éste— publicó sus *Dialogues*. El título completo de la obra —título que parecería ser una respuesta a los puntos que Lee mostró problemáticos en el pensamiento inmatemático de Berkeley— es: *Tres diálogos entre Hylas y Philonous. La intención de los cuales es demostrar la realidad y perfección del conocimiento humano, la naturaleza incorpórea del alma y la providencia inmediata de la Divinidad, en oposición a escépticos y ateos.* (Traductor)]



## BIBLIOGRAFÍA

- Berkeley, G. (1929). *Essay, Principles, Dialogues. With Selections from other Writings* (ed. M. Whiton Calkins). New York - Chicago - Boston: Charles Scribner's Sons.
- \_\_\_\_\_. (1947). *Life and Letters of George Berkeley* (ed. A. C. Fraser). Kilcrin: Utopia Books (ed. original: Oxford: Clarendon Press, 1871)
- \_\_\_\_\_. (1948-57). *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne* (ed. A. A. Luce & T. E. Jessop), 9 vols. Edinburgh & London: Thomas Nelson.
- \_\_\_\_\_. (1994). *The Works of George Berkeley* (ed. A. C. Fraser), 4 vols. Bristol: Thoemmes Press (ed. original: Oxford: Clarendon Press, 1901).
- Berkeley, G. & Percival, J. (1914). *Berkeley and Percival. The Correspondence of George Berkeley and Sir John Percival* (ed. B. Rand). Cambridge.
- Bracken, H. M. (1959). *The Early Reception of Berkeley's Immaterialism*. Hague: Martinus Nijhoff.
- Broad, C. D. (1991). "Berkeley's Denial of Material Substance". En: W. E. Creery (ed.), *George Berkeley. Critical Assessments*. Vol. III. London - New York: Routledge.
- Fraser, A. C. (1994). "Some of Berkeley's Early Critics". En: Berkeley, 1994, vol. 3: "Appendix D".
- Gallois, A. (1974). "Berkeley's Master Argument". En: *The Philosophical Review* 83: 55-69.
- Popkin, R. H. (1951). "Berkeley and Pyrrhonism". En: *The Review of Metaphysics* 5: 223-46.
- \_\_\_\_\_. (1997). "Berkeley in the History of Scepticism". En: E. de Olaso, R. H. Popkin & G. Tonelli (eds), *Scepticism in the Enlightenment*. Dordrecht: Kluwer: 173-86.
- Ursom, J. O. (1982). *Berkeley*. Oxford: Oxford U. P. (Hay edición castellana.)
- Warnock, G. J. (1969). *Berkeley*. Harmondsworth: Penguin.